

—¡No— dice con voz entera—no iré jamás á N.; jamás!

Yo la observo asustada. ¿Qué ocurre, Dios mío? ¿Por qué ese tono y ese semblante?.....

Pero quizás no ha sido más que una alucinación de mis sentidos. (¡estoy tan trastornada!) porque ella prosigue tranquila, sonriente:

—Bien sabe Ud., María, hasta qué punto tengo horror por los viajes y cómo me fatigan. Por eso no iré á verla; pero Ud. sí vendrá por acá con frecuencia. Además, yo la escribiré mucho. ¡Vamos, está decidido... eh?

El primero de septiembre de 1898, dejé para siempre aquel querido Liceo donde había pasado mis mejores años.

Y tenía ya veintidós aunque mi cara y mi persona toda revelaran, apenas, unos diez y siete. Había leído muchos libros; pero ignoraba todo aquello de la vida en la cual iba á dar sola los primeros pasos.

IX.

Desde á raíz de mi llegada á N. no tengo que evocar ya recuerdos. Me bastará con hojear mis cuadernos, pues desde esta época he adoptado la costumbre, pueril si se quiere, de ir anotando, casi día por día, los pequeños acontecimientos de mi vida...Y ¿para qué? Tal vez para luchar en lo que fuere posible, contra esa sensación angustiosa del tiempo que se nos va, de esa irremediable y forzosa carrera hácia la muerte. En algunos de los hechos que de paso he consignado, hay algo de mi vida que escapará, probablemente, al total olvido.

Me contentaré, pues, por ahora, con entresacar de cuando en cuando algunas hojas de este diario íntimo.

N.....septiembre 10—10 p. m.

Tengo los miembros muy lasos y siento, debajo de las cejas, esa punzada que precede á las fuertes jaquecas. ¡Pero qué más dá! Acabo de abrir mi gran cuaderno, destinado á recibir las impresiones de mi nueva existencia y no quiero pasar en silencio este primer día.

Vine provista de la dirección de la Srta. Jaupy, una solterona cuya casa habitó mi antecesora los últimos años, y que ha consentido alojarme en iguales condiciones.

El tren penetra en la estación de N. á las dos de la tarde. Hace un sol espléndido. ¡Tanto mejor, porque como traigo el corazón muy adolorido por haber dejado á la señorita Esther y el siempre grato Liceo, necesito mucho esa caricia del cielo!

Adentro, cinco minutos rodando á lo largo de un avenida plantada de hermosos tilos, que me gustó; luego, el ómnibus que da vuelta: calle de Juan Jacobo Rousseau y he llegado.

Una casita limpia con las persianas bajas. Al campanillazo que doy, responde el ruido de unas pantuflas que se arrastran sobre las losas. Una mujer trigüeña (más que yo) y barbuda como un rey asirio me introduce por un pasillo triste y algo húmedo.

—La señorita está en el salón—advierte.

Han empujado una puerta y me encuentro en presencia de la Señorita Jaupy. Cuarenta y cinco años aproximadamente, baja de estatura, muy gruesa, subida de color, ojos zarcos, cabellos oscuros y muy escasos, formando dos ondas aplanadas sobre una frente demasiado corta. Detrás de la cabeza, una penca ó moño de color de caoba que imita medianamente el de los cabellos naturales.

La Señorita Jaupy sonríe, habla levantando la

voz, gesticula y mueve con exageración manos y brazos al explicarme las costumbres de la casa:

—Por la mañana, baja uno á la cocina á tomar su desayuno: café con leche muy cargado; el almuerzo es á medio día y la comida á las siete de la noche. A continuación, á terminar la *soirée* al jardín, en el verano; al salón, en el invierno. Estos son los buenos ratos de descanso, se charla un poco. La Señorita Guillebois, la predecesora de Ud., pasaba siempre sus veladas conmigo y yo espero que Ud. seguirá tan amable costumbre.

Cuidadosa de no enajenar tan pronto mi libertad, eludo la respuesta, pero la Srita Jaupy no la exige y continúa su discurso.

Al cabo de tres cuartos de hora, estoy enterada de que mi huésped es el conjunto de todas las gracias y de todas las virtudes, que es muy solicitada entre la buena sociedad de N y que, sucesivamente, ha rehusado su mano, ora á un abogado ó á un médico, ora á un jefe militar ó á varios ricos propietarios. Ella no ha juzgado (hasta la fecha, al menos) á ningún hombre digno de su inestimable persona.

—¿Gusta Ud. ahora de visitar la casa? dice invitándome á efectuarlo.

Me ha bastado recorrer con atentos ojos la morada característica de la Señorita Hortensia Jaupy, para formarme cabal idea de la mentalidad de su propietaria.

El estrecho y desnudo pasillo dá por un lado á la calle y por el otro al jardín. Cuatro piezas espaciosas ocupan el piso bajo. Poco he visto la cocina. El mobiliario del comedor se compone de una mesa redonda, de un aparador con copete y tablas superpuestas, de dos sillones forrados con gualdrapas, de una paila de porcelana antigua y de varias sillas. Sobre la chimenea un reloj con una espiga-

dora de zinc dorado, cuyas piernas son de un tamaño desproporcionado: á este objeto de arte, le forman torno dos floreros de bazar. En las paredes, un barómetro y dos cromos baratos en marcos de varitas doradas. El conjunto, es vulgar hasta donde puede serlo.

La jefe y dueña de esta casa ha reunido en el salón todas las riquezas artísticas de la misma. El mueble es de terciopelo color de oliva. Sobre la chimenea, un péndulo bajo capelo y dos candelabros de bronce, igualmente bajo capelo, pequeñas baratijas (portamonedas ó relojas), revestidas con cuentas de vidrio amarillas y azules (estilo corona funeraria para niños) que data, sin duda, de la época de convento. Siempre sobre la chimenea, entre el capelo del reloj y los de los candelabros, dos jarrones verdes procedentes de alguna fiesta de pueblo, cargados con flores de papel de seda. Hacia el rincón, una mesa de te con otro tarro, y más flores artificiales.

El respaldo y los brazos de los sillones ostentan por encima una cubierta de feo tejido de ganecho. En medio de cada asiento, se ve una rueda de paño negro bordada de lana de colores insolentemente variados.

En un ángulo, cerca de la ventana, hay un mueble grande que yo tomo, á la vista, por un arcón para el pan.

—Es mi piano—explica la Jaupy.

La recámara es, ay! del mismo estilo que el salón. Artículos también de bazar, flores artificiales aún; y todavía otro juego para chimenea, bajo capelo, por supuesto.

¡Qué desconsuelo de decoración, en conjunto y en detalles! Yo que me aficiono á las cosas; yo que creo que los objetos inanimados tienen un alma, presiento que voy á sufrir en medio de todos

esos adefesios... ¡Cuanto mejor me encontraría en alguna habitación de cortijo sin más muebles que una mesa y escabeles; pero donde un rosal en flor trepara al rededor de las ventanas y donde un inquieto pajarillo cantára dentro de su jaula de mimbre!.....

Terminábamos la visita sugestiva, cuando llegó un carro con mis efectos. Mi cuarto está en el primer piso: es amplio, claro y bien ventilado, con dos ventanas que se abren hácia el jardín. No más de dos horas he necesitado para arreglar mi nuevo aposento. Frente á una de las ventanas, he situado, á toda luz, mi cama; la misma cama pequeña en que dormía cuando niña; en la que, por la noche, mientras cosía mamá Tanita, lloraba yo tanto! Dentro del derrame de la otra ventana, he colocado mi mesa blanca de trabajo donde podré leer y escribir recibiendo el viento fresco sobre mi frente. En medio del otro muro, paralelo á las ventanas, mi gran armario para la ropa; aquel viejísimo armario de los gusanos, y á un lado, la antigua poltrona de madre Tanita y dos sillas. En el espacio vacío, irá el piano que voy á alquilar.

Ah! Sobre la chimenea, el retrato de mi padre, el de la Señorita Esther y un vaso de agua clara con tres flores que me traje del jardín del Liceo.

En el muro, he clavado con cuatro alfilerillos los dos grabados, únicos que poseo: «El Sueño de Endimión,» y un retrato de mujer de Franz Hals: juntos están... y ¡que se avengan como puedan!

Será una pieza desprovista y muy pobre; yo la encuentro, sin embargo, mucho mejor que el salón de la Señorita Jaupy: creo que me hallaré bien entre aquellas cuatro paredes blancas, sola y en paz.

Completando estaba mi modesta instalación cuando llamaron á mi puerta. Era la Señorita Jaupy,

sonriente siempre y locuaz, que con una mirada á mi mobiliario ha calculado su valor (operación rápida y fácil): y que me invita para que bajemos á comer.

La cocina es buena y el ama de la casa come con positivo fervor, cual si desempeñado se hallara la más grave función de su existencia.

Después, pasamos al salón. Me duele mucho la cabeza, me instalo en uno de los sillones oliva y coloco mis dos pies muy tranquilos, sobre un taburete color de púrpura adornado de oro, de sinople, de gules y de azul: un blason, digamos. Noto que mi huésped lanza una mirada de indignación contra mis piés. Yo aparto discretamente el misterioso taburete que más y más misterioso se vuelve, puesto que no se deben poner en el los piés. Ella habla entonces:

—Señorita, obséquieme Ud. con un poco de música, se lo ruego.

Acércome á la espineta y doy un vistazo á la música que se halla encima: «Plegaria á la Virgen,» «Ensueños de Margot,» «Wals de las Rosas.»

Todo enteramente de acuerdo con el tono del mueblaje y de los objetos funerarios de vidrio.

Toco lo que materialmente se me viene á los dedos. Empiezo por walses de Godard y acabo por una «fuga» de Bach. Toco, ni sé cómo, pensando en otra cosa. Cuando termino, la Srita. Jaupy que probablemente no ha escuchado, se deshace en alabanzas hiperbólicas.

El piano de Ud. está muy desafinado —dije— No se puede sacar de él nada agradable.

Ella, abriendo la boca como una U:

—Mi piano desafinado! Cree Ud.????

(Que si lo creo! Oh, candor angelical!) Y agrega ella:

—Oiga Ud., señorita. Le gusta á Ud. la lectura?

—Es la gran pasión de mi vida

—Oh! Entonces va Ud. á simpatizar conmigo. Yo soy una lectora incansable.

• Ah! —pienso— ¡Conque le gustan los libros! Pero yo desconfío algo, por aquello de «La Plegaria» y «Los Ensueños,» etc

Experimento aquella noche una sensación de soledad más penosa que si me encontrara materialmente sola, á diez leguas de distancia de todo ser humano.

Septiembre 3.....

Hoy he hecho las visitas de llegada en las casas de las discípulas de la Srita. Guillebois que van á serlo más. No hice sensación en las calles de N. . Llevaba mi traje (el único) que de «traje de gala» nada tiene: falda plisada de cheviote azul, blusa de lo mismo muy sencilla, cuello blanco y corbata negra de satin. Encima, un pequeño «canotier,» el solo sombrero que creo no sea ridículo en mi cabeza.

Al pasar por delante de los almacenes de novedades me he mirado con disimulo en los grandes espejos y he podido comprobar que tengo el aspecto de una costurerilla honrada en busca de trabajo.

He observado que en todos los lugares donde me he presentado, la impresión de los demás no me ha sido favorable, pues á primera vista solo se atiende al vestido y á la figura de la persona. Yo, ya se sabe, tengo que salir mal librada en uno y otro sentido, pero no soy tímida ni humilde; la humildad es una virtud que execro. Y es el caso

que me voy conduciendo de tal manera en las casas donde he permanecido un cuarto de hora, que después de haber sido recibida como una obrera, me han acompañado, á la salida, como á una dama.

Regresaba ya á mi domicilio cuando me crucé con la Señorita Jaupy que venía de la confitería, trayendo en la mano cinco ó seis paquetes atados con cintitas rosas y doradas. Al verme se sonrojó como la aurora y se manifestó contrariada. ¿Por qué?

Quisiera practicar la estenografía para trasladar, sin quitarle todo su sabor, la conversación de la Señorita Jaupy durante la comida; aunque más exacto sería decir su eterno monólogo, porque yo contestaba lo menos posible.

Ignoro, debido á qué esfuerzos, logra ella no perder ningún movimiento, ningún ruido de la calle, desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche. Hoy, mientras comíamos, he sabido que la criada del preceptor ha estado tres veces en la tienda de ultramarinos; que la Señorita X ha hecho que le añadan un volante á su falda verde; que el Dr. V. ha mandado barnizar de nuevo su *coupé*; que la Señorita R. lleva botinas sumamente estrechas y anda como una china; que al perro galgo del Juez de Paz, le ha desgarrado una oreja el *bulldog* del Sr. Cura. &&

Luego, á poco, tras un respiro de momentos, la señorita Hortensia ha dejado caer con estrépito el tenedor sobre su plato de porcelana, soltando indignadísima esta frase, para mí enigmática:

—La polaca lucía hoy en el paseo un traje rojo que bien vale treinta luises!

El valor es lo que á mí me falta para preguntar quien es esa polaca.

Septiembre 6.

Quédame por hacer una visita que me causaba cierto recelo; pero que desde ahora me inspira una viva curiosidad.

En el momento de dejar el Liceo, la Directora me dió una carta de recomendación dirigida: «A la Señora H. Elder—Villa Blanca—N»—

—Es—me dijo—una mujer muy distinguida que recibirá á Ud. amablemente. Yendo de mi parte esrá Ud. bien acogida, la Sra. Elder es mi amiga.

¿Porqué la señorita Esther no me habrá hablado de esa señora Elder? ¿No la conocerá? No me siento muy atraída hácia esa persona que es tan amiga de la directora sin serlo de la hermana. Me temo no encontrar en esa casa mas que sequedad y una orgullosa condescendencia.

Esta noche he dirigido algunas preguntas á la Señorita Jaupy respecto á la propietaria de la villa «Blanca.» ¡Ah! Y no pierde una el tiempo cuando pregunta algo á la Srita. Jaupy. Ella ministra, con incansable complacencia, toda clase de datos, los mas minuciosos.

Tratemos de ordenar un poco esos documentos.

Legajo 1—Señora Elder—Vieja coqueta, de cincuenta y ocho años que se pinta y la dá de jóven. Algo loca, no hace nada «como la gente,» no recibe á la Señorita Jaupy, lo cual prueba, superabundantemente, su insuficiencia intelectual. Habita en todo tiempo la villa «Blanca,» á tres kilómetros de la ciudad, con su nieta de nueve años por parte de una hija suya que murió. La Señora Elder preside la sociedad «Las Mujeres de Francia» del departamento, en la cual se ocupa mucho. No tiene día de recepción; pero los viernes, un cierto número de damas del lugar, se reúnen en su casa para trabajar en obras de caridad. La Sra. Elder es feminista; feminista es, conforme al criterio de la Srita. Hortensia

Jaupy, un sinónimo de «anarquista» ó de «loca». En el invierno, organiza conferencias muy doctas en que «Las Mujeres de Francia» van á bostezar y á exhibir sus tocados.

Legajo 2.—Señor Elder, hijo de la precedente. Treinta y seis años, cultiva todos los vicios. Miles de veces ha escandalizado á la ciudad por sus resonantes aventuras. Nadie ignora en la actualidad sus relaciones con la Sra. Ladowska (la polaca del traje rojo,) prodigio de elegancia, de belleza y de perversidad. —Poco habita N; casi siempre está en París ó en el mediodía; sus ausencias coinciden con las de la Sra. Ladowska. Ha disipado mas de la mitad de su fortuna en malos lugares. Yo no sé á punto fijo lo que la Srita. Jaupy quiere significar con esas palabras, pero ella lo ignora también, indudablemente. En sus ratos perdidos, es decir, cuando no encuentra él algo mas malo que hacer, escribe libros obscenos (está hablando siempre la Srita. Jaupy) que le producen mucho dinero. Y no hay libros como esos para enriquecer á sus autores. . . .

Uf! Creo que ya es todo. . . . Pero no; olvidé la última reflexión tan conmovedora y oportuna:

—Ay, pobre hija mía! Si Ud. no fuese como es, me empeñaría con todas mis fuerzas en disuadirla de que pusiera los piés en la casa de ese hombre.

La Señorita Jaupy es franca hasta el extremo de no dejarle á una la más pequeña ilusión respecto de las personas.

Y ahora es cuando yo estoy casi impaciente por conocer á la Señora Elder y á su hijo. El encarnizamiento con que mi huésped los destroza, me los hace simpáticos *á priori*, pues no hay, á mis ojos, mejor recomendación que ser denigrado por gente de la calaña «Jaupy».

X.

Septiembre 7.

He visto, al fin, la villa «Blanca» y á la mayor parte de sus habitantes. Y vuelvo encantada.

A las dos de la tarde, me he plantado mi traje de cheviote azul: lo he *realzado* con un cuello de inmaculada blancura, he procurado dar á mis cabellos rebeldes alguna graciosa ondulación y me he puesto en camino.

Después de cuarenta minutos de marcha, fácil me ha sido reconocer la villa que me había descrito la Srita. Jaupy. Detrás de la gran portada de hierro, extiéndose un vasto patio enarenado entre los multicolores prados cubiertos de rosas de otoño y las bien enfiladas cajoneras de naranjos y de laureles rosas. La casa, de un blanco deslumbrador á los reflejos del sol, se levanta sobre un fondo de sombra verde en la que el estío, feneciendo ya, va dejando sus primeras manchas de moho.

Un criado anciano viene á abrir declarando de la manera mas agría que es posible:

—La Señora no recibe.

—Sírvasse Ud. entregarle esta carta.

Tras de algunos instantes de vacilación, abre la puerta que no tenía mas que entornada y me hace pasar á un salón de espera mientras lleva á la Señora Elder la carta de la Directora del Liceo de C.

Pasan cinco minutos, experimento un vago mal-estar y quisiera marcharme.

La puerta se abre y aparece una mujer alta é interesante con su magnífica bata negra discretamente adornada con encajes antiguos. A su cara, fresca aún, le forman como marco, unas sedosas trenzas rubias cuyo dorado brillo se amortigua por la ceniza ténue de las primeras canas. ¡Oh, qué linda, qué linda joven vieja!

Se acerca tendiéndome la mano, y con una ligera sonrisa que contrae apenas sus labios me dice:

—Señorita, tengo muchísimo gusto en recibirla. ¿Ud. es, verdad, la hija adoptiva de Esther?

—Sí, señora, yo debo á la Srita. Esther lo poco que sé y lo poco que soy.

—Eso basta para que yo la considere á Ud. desde luego, como una amiga. Esther es una de las personas á quien más he querido. Hábleme Ud. de ella... ¿Es siempre tan encantadora y tan risueña?

Asombrada me quedo. Evidentemente se trata de una señorita Esther que no es la mía. Sin embargo, no puede tratarse de otra... y entonces ¿cómo se explica que mi grande amiga no me haya hablado de la Sra. Elder al venirme á N?... Y, como se explica, por otra parte, que la Señora Elder pueda hablar de una Esther tan jovial y tan risueña?... Siento que estoy hecha una tonta. La señora Elder procura disipar mi atolondramiento.

—Refiérame—Ud.—dice—cómo la conoció.

Emprendo la relación que me pide y que larga es: casi toda mi vida.

Ella me escucha en silencio, con sus ojos reflexivos clavados en los míos. ¡Me gustan tanto aquellos ojos profundos y graves, que estoy sintiendo una emoción dulcísima y desconocida, al hablar de la señorita Esther y al hablar de mí misma! Cuando, al fin, callo después de haber hablado tanto, la señora Elder dice, á través de su sonrisa impregnada de melancólica ternura:

—Comprendo, señorita, que Ud. quiera tanto á Esther; mas ahora comprendo igualmente que ella, á su vez, la quiera á Ud!

Me levanto disculpándome, mortificada por haber, tan indiscretamente, prolongado así aquella

mi primera visita; pero ella me obliga á sentarme de nuevo;

—No se marche vd. todavía. Voy á mandar que llamen á mi hijita Ibona que será su alumna, si Ud. lo quiere.

Una preciosa rubita llega corriendo y me presenta con gracia su frente acercándola á mis labios.

Un cuarto de hora después, cuando por fin me retiro, la abuela y la nieta salen á acompañarme hasta la reja del patio. La niña que observá con mucha atención mi modo de andar, me dice de repente:

—Señorita, está vd. enferma de la pierna.

A esta pregunta, hecha con tanta ingenuidad, me ha dado un vuelco el corazón. La sangre me sube á la cara y mis pestañas se humedecen. . . Hasta cuando, ¡oh Dios! sabré resolverme á ser coja?

—Ibona,—dice con suavidad la señora Elder—dá un beso á la Señorita Hoël y déjanos.

La niñita ha comprendido, sin duda, porque con cariñoso ademán me ha echado los brazos al cuello posando en mis mejillas sus frescos labios. Muy dulce me es ese beso. . . ¡Hace ya tanto tiempo que nadie me besa!

En el momento de separarnos, la señora ha retenido mi mano entre las suyas.

—Le dirán á Ud.—expone al fin—que soy una vieja loca; algo cierto es, me agrada la soledad y la mayor parte de las gentes me fastidian; pero en cuanto á Ud., tendré siempre mucho placer en recibirla. Venga Ud. pues, con frecuencia, voy á quererla mucho,—añadió sonriendo noblemente.

Yo sí la quiero ya! ¡La habríá besado como á la pequeña Ibona, si me hubiese atrevido!

Cuando á la hora de comer, la Señorita Hortensia Jaupy que practica con arte consumado el sistema socrático, intentó hacerme preguntas sobre

mi visita á la villa "Blanca" me limité á aconsejarle que viese más de cerca á la Sra. Elder para que se convenciera de que no se pinta absolutamente y de que no es ni maniaca, ni loca.

La Señorita, algo despechada no me ha invitado á hacerle compañía esta noche.

XI.

Septiembre 9.

La Señorita Jaupy, es un espécimen de mujer cuya existencia no me sospechaba y quisiera ignorar todavía. Fea, ajada y negligente hasta ser sucia, tiene un odio espantoso á todas las mujeres que poseen la juventud ó que son bellas ó elegantes. A mí, ese odio ¡ah! no me alcanza.

Hoy, en el almuerzo, se ha presentado despeinada, con pantuflas viejas sin tacón; y como hubiese descuidado asimismo ponerse un corset, sobresalía entre su papada y su ancha cintura, una gran mole tambaleante y floja, más que desagradable á la vista.

Sin perder dentada, encuentra el medio de preferir horrores en contra de varias mujeres jóvenes y de señoritas, á quienes no conozco. Entre bocado y bocado, deja caer sentencias como esta:

—Cierto que esa diminuta Sra. G. engaña á su marido, no son sus trajes, los de una mujer honrada.—O bien: Ya no cabe duda. La joven F. ha resbalado, eso salta á los ojos si se observa su lujo.

Yo escucho y callo, ó no escucho: mi mente está en otra parte.

Septiembre 30.

He hecho un largo paseo esta noche con la señorita Hortensia. Después de un cuarto de hora de conversación que estaba volviéndose muy fastidiosa, me pregunta:

—¿Tiene Ud. libros que prestarme?

—Sí, tengo algunos; pero no sé si le agradarán á Ud.

—Tiene Ud. novelas?

—Tengo varias, "Resurrección" y "La Sonata de Kreutzer" de Tolstoi; tres ó cuatro volúmenes de Anatole France; otros tres ó cuatro de Balzac. ¡Ah, también tengo "Madame Bovary!" Y creo que es todo.

Mi compañera parece desconcertada.

—¡Ah! pues no es mucho. Yo nunca he oído hablar de esos libros. ¿Son hermosos?

—Sí.

—Es que... (la Señorita Hortensia como que tose y se sonroja) hablan de amor?

—Ciertamente, de eso tratan casi lo más.

—Ah! Y diga Ud...¿acaban bien esos libros?

—Qué llama Ud. «acabar bien»?

—Quiero decir que si los que se aman se casan al fin.

No puedo menos que sonreír diciendo:

—No. Las novelas que he nombrado á Ud. no acaban tan bien.

—Ah! En ese caso—exclama suspirando—prefero no leerlos ¡Soy tan impresionable!

Unos cuantos pasos y vuelve la solterona á su cantinela:

—Ha leído Ud. «La Princesa Herminia» que publicó en su folletín «Le Petit Parisien»?

—Poco leo ese periódico.

—Quiere Ud. que le refiera el argumento de «La Princesa Herminia»?

—Con mucho gusto si no se fatiga Ud.

Entonces empieza un relato que, mal hilado y difuso, ni procuro seguir; pero me divierto grandemente con los visages de la señorita Hortensia, con el voltejar de sus ojos y con sus muecas de gata bebiendo leche, cada vez que describe alguna escena amorosa.

Intempestivamente el relato ha quedado interrumpido y la mirada de la narradora se ha fijado con persistencia en un punto dado.

—¡Mírela Ud,—murmura con precipitación—míre á la polaca!.....

Me levanto y veo á aquella mujer que avanza frente á nosotras.

¡Oh, qué magnífica creatura! Es un cuadro de Rubens desprendido de su marco! ¡Una encarnación espléndida, con suntuosa cabellera de oro bruñido, perfil puro y unos ojos...ojos inmensos de sombra, cual he soñado yo los de Cleopatra!

Es hermosa, tan prodigiosamente hermosa, que violencia me hago para no pararme ante ella en éxtasis. Dedícole, al pasar, una sonrisa de admiración. En cambio, la Srita. Jaupy pónese furiosa como una gallina clueca. La comida se la pasa en imprecaciones virulentas contra la soberbia Sra. Ladowska y contra su cómplice, el Sr. Elder.

Octubre 1.....

Hoy por la mañana, he recibido estas breves líneas de la Señorita Esther:

“Estoy muy contenta, hija mía, al saber que se consagra Ud. animosamente al trabajo. Cuide su salud, manténgase en buen equilibrio; y sobre todo, preserve su corazón de cualquier afecto extremo.”

No muy reconfortantes, que digamos, son las letras de la Señorita Esther; no son esa clase de epístolas las que dan consuelo al alma. Por más estóica que una sea, necesitaría, á veces, escuchar palabras más tiernas. Y luego, ninguna alusión á todo lo que he escrito tocante á la Sra. Elder. ¿Porqué ese misterioso silencio? ¿Y á qué esa recomendación de que conserve mi corazón á la temperatura del hielo?

Cuál es la afección que para mí sería de temerse?

Octubre 3.....

Vengo de la "Villa Blanca" donde he dado su lección á Ibona. He platicado con la exquisita abuela y cada día crece más y más mi simpatía por ella. ¡Ah, si yo tuviera una madre así!

La Jaupy está en la iglesia y no tardará en volver, como de costumbre, admirablemente documentada sobre el modo de ser, el traje y las menores acciones de todos los habitantes de la ciudad.

Curiosa mujer la tal Señorita Hortensia! Cada vez que llamo á la puerta de su cuarto, (siempre bien cerrado con llave) me parece que estrujan papel y luego viene á recibirme á la puerta como acabando de mascar algo con precipitación.

La misma noche—más tarde.—

Esta noche ha sido muy fecunda la estancia en la iglesia: todo el tiempo de la comida, el veneno ha destilado incesantemente, gota á gota.

Cuando nos levantamos de la mesa, subí á encerrarme á mi habitación porque tenía necesidad de

respirar el aire, de ponerme de codos en mi ventana para mirar desde allí el espacio libre y por arriba, á lo lejos, muy arriba, la serenidad del cielo de la noche.

Oh, ¡Qué miseria moral la de esa pobre mujer que no conoce más goces que ponerse á espiar á sus semejantes en los actos más insignificantes de la vida, leer novelas insulsas y atracarse de dulces empalagosos! En ella toda vida intelectual está atrofiada. Siempre tiene en los labios las palabras sonoras de virtud y religión; y sin embargo, no vive sino para la sensualidad imbecil y despreciable.

Contemplo con cariño mi piano abierto, mis libros y papeles esparcidos aquí y allá. ¡Qué agradecida les estoy por haberme hecho la vida serena y tranquila; vida en un todo apartada de las bajas preocupaciones y de las perturbaciones de los sentidos!

Siéntome al piano y me toco á la sordina el nocturno "Sueño de una Noche de Verano." Cuando se ha extinguido el último acorde, me impresiona de súbito el profundo silencio de aquesta del otoño y viéneme la dolorosa sensación de mi irremediable soledad. Algo, ¡ay! falta á mi vida. Pero en vano trato de definir qué es lo que me falta y á qué aspiro remotamente.

Octubre 5.....

Esta noche he visto al Sr. Elder.

Cuando llegué á la villa, la criada me introdujo, como de costumbre, al saloncito donde Ibona toma sus lecciones.

Un hombre leía en el hueco junto á la ventana. Al verme se levantó, y después de saludarme silenciosamente, se retiró. Tuve tiempo para ob-

servarle un poco: alto, esbelto, casi flaco, de semblante fatigado, barba rubia; del color rubio de los cabellos de su madre; del mismo cuyo brillo están opacando algunas canas. Parece tan viejo como ella.

Mas...¿donde, donde he visto antes esa cara?

Octubre 11

La señorita Hortensia se entusiasma cada día más con mi amistad. Cuando oye mis pasos en el corredor, abre su puerta. me obliga á sentarme á su lado, me ofrece un caramelo y me refiere con ojos llorosos la novela que acaba de leer. Yo me doy cuenta de la naturaleza de su simpatía: soy, por decirlo así, el canal de desagüe de las narraciones lacrimosas que no le place ya contener en sí misma.

XII

Octubre 12

Lección en la «Villa Blanca» Cuando llego, la pequeña Iboná se halla estudiando en el piano. Es fresca la noche y un leño arde en la chimenea. El Sr. Elder lee una revista, presentando á la llama sus largos y delgados piés.

—Señorita—dice—¿quiere Ud. soportarme un poco en este rincón? No tengo fuego en mi gabinete y estoy tiritando.

Sin aguardar respuesta, ha vuelto á abstraerse en su lectura. Durante la lección, mírolo á hurtadillas. Su frente es bella, espaciosa y en el vértice de sus párpados se extiende como una redecilla de

pequeñas arrugas que envejecen su semblante. Sus ojos oscuros, tienen una expresión particular de lasitud y de tristeza. Yo creo que por ese su mirar lo ha amado la hermosa polaca.

Dejando «Villa Blanca» fuí á casa del Dr. Coppel para la lección del pequeño Jorge. Platicué algunos instantes con la amable Sra. Coppel, procurando que recayera la conversación sobre los moradores de «Villa Blanca».

—La Señora Elder—dijo—es la mujer más encantadora que yo conozco.

—Y su hijo? pregunté.

La Sra. Coppel hizo un gesto significativo.

¿Habrá, pues, que dar crédito á las feas versiones de la Srta. Jaupy?... Pero si fuese tal como lo juzgan, ¿tendría esos ojos profundos y tristes; esos ojos que persiguen aún después de verlos, y que invitan á ser consolados?

Octubre 20

He pasado el día casi entero en «Villa Blanca».

Quizás tenga razón la señorita Esther al aconsejarme que me ponga en guardia contra mi corazón tan propenso al amor. Quiero ¡y, tanto! á la señora Elder que padeceré mucho si algún día los acontecimientos me obligan á separarme de ella.

Pero así es la vida: amar y perder lo que se ama para volver á amar y á sufrir hasta que un amor muy ardiente, dominándonos por completo, no deje tras de sí mas que cenizas... ¡Presérveme la suerte de semejante catástrofe!

Más...¿cómo no querer á la Sra. Elder, á esa alma atrayente y meláncolica que en el fondo de los ojos revelándose está? Cada movimiento suyo tiene una gracia particular; dice la menor cosa con

encanto irresistible. Todo su ser, en fin, es la perfecta armonía. Por otra parte, ¡nos comprendemos tan bien las dos! Durante nuestros largos silencios nos oímos con el pensamiento. Yo nunca había experimentado, de un modo tan cabal, la sensación de un alma cerca de la mía.

Llegué esa mañana á la hora del almuerzo. La Sra. Elder se encontraba sola, su nieta pasaba el día en casa de una amiguita y su hijo se hallaba ausente. Solas en dulce intimidad las dos, nos sentamos á la mesa del gran comedor, estilo «Renacimiento» cuya riqueza y elegancia reducen á la nada mi insignificante persona. La Sra. Elder que, como yo, gusta de la música clásica, me ruega que toque la «Sonata en do menor» de Beethoven. Y rompiendo después el silencio soñador que sigue al último acorde:

—¿Canta Ud.?—me preguntó.

Sonrojándome contesté tontamente:

—Nunca he cantado delante de otra persona.

—Pues bien—repuso sonriendo.—va Ud. á hacer el gran favor de dedicarme á mi sola su primera audición.

Ya no tenía más que ejecutar. Pero ¡qué dificultades! Una timidez invencible me cortaba la respiración. Elegí «El Suspiro» de Bemberg que no requiere mucha voz. Los primeros compases resultaron muy vacilantes; luego, mi voz se afirmó y comencé á cantar con gusto.

Es mi voz el único don que me ha concedido la avara naturaleza. Todo ser humano ha alcanzado como patrimonio alguna habilidad; pero ésta se le escapa al distraído observador cuando no al mismo que la posee. A mí, la voz me ha consolado muchas veces de la fealdad de mi cara y de mi cuerpo. El alma, aprisionada en su miserable envoltura,

vuela libre y anhelosa en medio de la melodía que con sus variados matices la ha conmovido. Yo me reconozco mejor por mi canto que por mi triste imagen reflejada en los espejos.

—Me ha hecho Ud. pasar unos instantes exquisitos—dijo la Sra. Elder acercándose y dándome un beso en la frente.

Nunca diva alguna, ante un público delirante, sintió su corazón mas dilatado que yo el mío, con ese beso.

A poco, bajamos al jardín en el fondo del cual hay un sitio encantador donde suelo, á veces, sentarme: sauces llorones escarchan sus hojas de oro pálido sobre el agua inmóvil de una artística fuente de verdosa piedra, en cuyo centro se levanta una Diana de esbelto cuerpo y nervudas piernas que con elegante postura alza su brazo para sacar del carcax una de sus flechas. El juego de agua está bañando día y noche el hermoso cuerpo de la Diosa. Hierbecillas capilares la forman verde cbellera y caen sobre su tersa frente, á la vez que el tierno musgo aterciopela los pliegues de su túnica y realza la morbidez de su garganta.

Nos hemos puesto á soñar en silencio, al borde de esa fuente, contemplando á la cazadora de mirada altiva y aspirando aquel perfume de muerte que exhala el otoño, cuando oímos crujir la arena al paso que, sin levantar mis ojos, reconocí por la sombra que proyectaba la silueta del Sr. Elder.

Se rompe el encanto. Tan luego como ese hombre aparece, siento un malestar indefinible y deseo de huir. ¿Porqué su presencia me turba de tal manera? Sufro, además, por la mirada de amor con que su madre sigue cada uno de sus actos y acoje cada una de sus palabras; cuando ella dice «hijo mío,» la emoción empaña el cristal de su voz y yo,

entonces, me creo próxima á odiar á ese hijo distraído, taciturno y esquivo.

Estaré celosa?... Capaz soy de ello.... ¡Ah, acaso la Señorita Esther tenga razón.

Noviembre 5.....

Decididamente, el Sr. Elder. se incrusta en el pequeño salón durante nuestras sesiones musicales. Siempre abstraído en sus lecturas, se levanta cuando llego, se inclina, vuelve á sentarse rápidamente y... otra vez á su libraco.

Ibona descifra trabajosamente sus ejercicios. Viene la mamá, y conversamos un poco de todo. El lector taciturno jamás levanta la cabeza; jamás, desde el primer día, ha pronunciado una palabra. A veces interrumpe la lectura, mira el reloj y sale sin apresurarse, con paso suave y regular. Su madre le sigue con los ojos sin decir nada tampoco. Y yo pienso:

— ¡Es la hora de la polaca!

XIII

Noviembre 9.....

Sopla un viento glacial, cae menuda y seca nieve desde hace una hora. ¡El invierno tan pronto!... Al entrar blanqueando la nieve mis cabellos y mordiéndome la cara el cierzo helado, imagínome cuan dulce sería tener en noche semejante un hogar; un hogar tranquilo y cariñoso. Raro es que las intemperies no me sugieran ideas ó ensueños de ternura.

Al subir por la calle de "Curtidores" un obrero

marchaba á unos cuantos pasos detrás de mí y silbaba un airecillo de volatín por el cual parecía tener afición especial. Yo, entonces, me dije: ¿Como es posible que, bajo este cielo sombrío, haya gente bastante gozosa para silbar de de esa suerte?

En el quicio de la puerta de una casita baja, un bebé de cabellos de cañamo y de mejillas como manzanas, estaba mirando muy serio caer la nieve. Con sus zuecos liliputienses, su vestido café, cortado de las faldas viejas de alguna abuelita, su pequeño delantal azul desteñido y sus redondas manecitas, estaba adorable, el nene!

Me iba á detener para hablarle, cuando ví iluminarse de gozo la roja manzana agitando sus brazos y sus zuecos, torpe aún, para ponerse en movimiento sobre la acera. Me volví, el obrero no silbaba ya; doblando una rodilla sobre el húmedo suelo y dejando el utensilio que traía en la mano, le abrió los brazos al niño: este se echó contra el pecho del hombre, le cogió con sus manecitas la gran barba enmarañada; y los dos se besaron riendo grandemente.

¿Porqué sentí un nudo en la garganta y como niebla al rededor de mis pupilas? ¿Y porqué ahora, esta vaga tristeza, esta nostalgia que no puedo ahuyentar?

Nostalgia de qué?... ¿Qué te falta alma inquieta y débil? Allí, junto al fuego de la chimenea, están tus alados poetas y tus sabios filósofos... ¿Qué te falta? ¿Pretendes, por ventura, bosquejar un idilio de amor? ¡Amor!... ¿Has reído tantas veces de sus tonterías, de sus lloriqueos, de sus melindres y hasta de sus bajezas!

Pero yo no deseo el amor de un hombre; amor egoísta donde hay algo de desprecio ó de odio; quiero sonrisas de niño, el amor de un ser que sea

sólo mío, muy mío . . . De aquel en quien refflozeca un día nuestra juventud, nuestra alma inmortal.

No es justo que á la mujer se la prive del hijo: eso es lo que le falta á mi corazón, á las horas en que, como esta noche, tengo el alma desquiciada y pongo mi frente sobre las páginas de los sábios derramando lágrimas de esas que no reconocen una causa determinada; lágrimas solitarias, de las cuales bien he probado el amargo dulzor.

Noviembre 10

— ¡Dios mío! ¡Qué cobarde estuve anoche!
Para sobreponerme á ese estado de postración, tuve que tratarme é increparme á mí misma con mucha dureza.

Hoy me siento mas firme, la nieve de ayer ha desaparecido, pero el aire es frío todavía. Un leño de encino que arde en mi chimenea lanza sus chispas rojas y azuladas. Calentándome con voluptuosidad la punta de los piés, leo á Schopenhauer y me siento feliz.

Noviembre 15

La Sra. Reynel; la del notario, vino ayer en mi ausencia, con el objeto de que fijáramos las horas de lección para su hija.

Esta noche fuí á buscarla á mi vez, suponiendo que podría concederme algunos minutos.

La malaventurada doncella, sin advertirme que era precisamente "el día de la Señora" me condujo al salón donde ésta se hallaba, y haciéndole compañía, el Sr. Elder y dos damas jóvenes á quienes conozco por ser sus hijas discípulas mías.

Estuve algunos instantes contrariada. La Sra. Reynel, afectando una amabilidad que me fué desagradable, me dirigió algunas palabras y me obligó á aceptar una taza de té. Encontrábase, según reza el proverbio, «como perro en barrio extraño.»

La conversación interrumpida se reanimó. Conoci á un nuevo Elder afable, sonriente y espiritual; ¡Ah, bien comprendo ahora que les encanta á todas esas bonitas coquetas! Brota su ingenio sin que parezca notarlo él mismo; es chispeante sin cuidarse de ello, sin apresurarse, y esto constituye un raro encanto.

Darle intentaban la réplica aquellas tres mujeres que suplían la falta de talento con sus graciosas sonrisas y sus estudiadas posturas. Cada una de ellas se despepitaba, de un modo ostensible, por cautivar la atención de ese hombre, al que de seguro desgarrarían en cuanto hubiese vuelto la espalda.

Yo miraba el semblante de Elder algo mas animado que de costumbre; miraba su ligera sonrisa, su pálida barba y pensaba con sentimiento en el otro, en el taciturno de los ojos soñadores que querían ser consolados.

Sólo aguardaba la primera pausa en la conversación para retirarme, cuando llegó una mujer muy elegante, vestida de claro y deliciosamente «flou» como dicen los periódicos de modas.

La Sra. Reynel se levantó en seguida. Hubo un dilatado frotamiento de faldas de seda y un repetido susurro de «querida señora.» A continuación, la de la casa hizo las presentaciones de estilo, sin ocuparse de mi persona.

Yo estaba ya en pié para despedirme; la recién llegada se volvió de mi lado con mirada interro-

gadora, y entónces la Sra. Reynel agregó señalándome:

—La maestra de piano de Germana.

Mi sangre toda afluyó á la cara quemándome las orejas, como en lejanos días, cuando las chicas insultaban á mi muñeca Blondina. Pero me incliné ante la desconocida, diciendo entre una sonrisa:

—Esta maestra de piano tiene, señora, un nombre como todo el mundo. Soy la Señorita María Hoël.

Hubo un instante de embarazoso silencio.

Saludé con rapidez á las cuatro damas y levantando los ojos para ver al Sr. Elder, pude observar que se le colorearon un tanto las mejillas y que se inclinaba á mi paso más profundamente que en ocasiones anteriores.

Ahora, . . . una alumna perdida para mí. ¡Y qué! Así, al menos, sabrán las mujeres hermosas que soy algo más que una máquina de gamas y de arpegios.

XIV.

Noviembre 30

Hace ya quince días que no abro mi cuaderno y sin duda que haría bien en dejarlo dormir aún esta noche. Encuéntrome en un estado de excitación extraordinario; solo el diablo sería capaz de descifrar los complicados porqués. Ganas me han dado de arañar, cuando menos, á tres personas. En medio de éste insólito deseo, trabajo me cuesta reconocer mi natural plácido y tranquilo.

Debía tener lugar esta noche, en el Salón de la Casa Municipal, una conferencia á «Las Mujeres de Francia.» Yo nunca faltó á tales conferencias, en primer lugar, para serle agradable á la Sra. Elder;

y luego también, por que, generalmente, me son interesantes.

Llego á las cuatro á «Villa Blanca» para dar la lección á Ibona. La doncella que sale á abrir, se manifiesta sorprendida:

—Cómo! La Señora no ha mandado prevenir á la Señorita? Esas «Señoras de Francia» que vienen á trabajar los viernes, no pudieron reunirse ayer, han venido hoy y ocupan los dos salones. Pero si la Señorita quisiera tomarse la molestia de pasar.

El gran salón presenta un golpe de vista curiosísimo. Sobre una mesa situada enmedio, la Sra. Elder hace correr unas grandes tijeras en una pieza de calicot. Agrupadas cerca de los vanos vitriados donde las cortinas de resorte han sido recorridas, varias señoras cosen y platican con animación. En el grupo mas cercano á la puerta, distingo luego á mi pesadilla la Señora Pigois, con su perfil caballuno, acompañada de su hija Adelaida, la eterna «muchacha casadera.»

Desde mi llegada por acá, conocí la historia de la viuda Pigois. Su marido, notario, teniendo cierto día un pasivo de trescientos mil francos, vióse en el grave conflicto de optar entre el suicidio y los tribunales de Justicia. La Sra. Pigois, casada bajo el régimen dotal, poseía exactamente doscientos cincuenta mil francos. Como mujer prudente y práctica y como buena madre—hay quien dice—retiró cuanto le pertenecía, tomando el tren con su hija. A los dos días, el notario se hacía saltar la tapa de los sesos, tras de haber arruinado á una media docena de familias honradas. Terminado el duelo, la Sra. Pigois regresó á N. alta la frente y encontrando el medio de intimidar á todo el mundo con su arrogancia. Mas tarde, recogió una importante heredad: dícese que la sosa Adelaida será algún día